

La herencia de César Valverde

En 51 años de trayectoria César Valverde heredó su arte al pueblo costarricense

EDUARDO MUÑOZ
La República

“No pinto lo que detesto: la violencia, la injusticia, la sangre, la miseria, el hambre o la muerte”, dijo César Valverde en 1990.

Pero fue la muerte la que finalmente acabó con el talento de Valverde, de quien quedaron decenas de obras y cientos de metros cuadrados de sus murales, en los que buscó incesantemente su mundo ideal.

“La pintura me ha enseñado a ver el mundo diferente, de una forma libre”, expresó el artista el 18 de enero de 1997 en entrevista concedida a LA REPUBLICA, con ocasión de los 50 años de su vida como pintor.

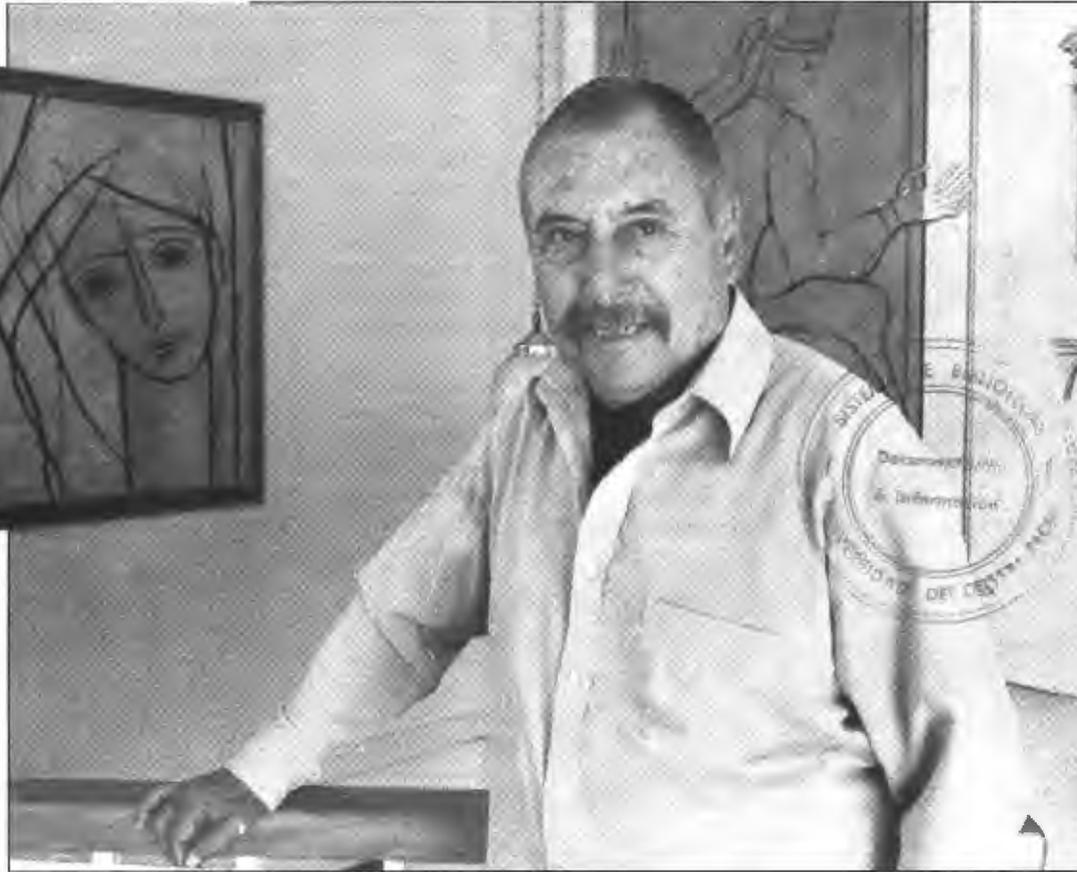
La justicia en Valverde

Si Valverde no hubiera abandonado el derecho, de seguro habría sido un abogado siempre fiel a sus ideales.

Muchas veces Valverde fue enfático al afirmar que odiaba la guerra, la injusticia y la miseria, las que no tenían cabida en su obra y pensamiento.

Siendo un habitual viajero, César Valverde descubrió que la realidad mundial está plagada de actos violentos, por eso es fácil comprender por qué descubrió en la belleza el antídoto ante tanta injusticia.

Mujeres estilizadas de grandes ojos, en un planeta cromático invadido por aires renacentistas, son protagonis-



Abelardo Fonseca/La República

“El muralismo es la forma de compartir mi arte con el pueblo”, dijo César Valverde el año pasado a LA REPUBLICA con motivo de sus 50 años como pintor.

tas y testigos de la búsqueda de ese mundo, el que obsesionó durante 50 años al pintor.

Patrimonio del pueblo

En 1989 el entonces contralor general de la República le encargó a César Valverde pintar un mural en el nuevo edificio de la Contraloría.

Valverde le respondió: “Aceptó con una condición: que no se me pague un solo céntimo, ni por mi trabajo ni por los materiales... ya que siempre he manifestado que los murales son la parte de mi obra que más quiero por ser patrimonio del pueblo”.

Horas y horas dedicó el muralista para integrar archi-

tectura y arte, su paga era ver al público escudriñarlas y desmenuzarlas.

“Me gusta ir a lugares en donde hay murales míos y escuchar los agudos comentarios del heterogéneo grupo de gente que los visita.

Prefiero la franca interpretación que de mis murales hace el pueblo que la altisonante exégesis de la crítica especializada”, expresó en su libro “Los murales de César Valverde”, publicado en 1990.

Su herencia muralística se puede ver en la Asamblea Legislativa, el Colegio de Abogados, el Registro Nacional, el Ministerio de Hacienda y la Universidad Autónoma de Centroamérica, entre otros.

Un octavo menos

“La pintura de César Valverde es sorprendente. Con un concepto del ritmo y de la composición que revelan madurez dinámica y con un colorido especial que llega a formar un estilo”, dijo Oscar Bakit en 1955.

Pocos años después, en 1961, se integró al Grupo Ocho, el que generó un cambio radical en el arte contemporáneo costarricense.

Su obra nunca abandonó el paisaje, en el que aparecen líneas que remontan al Oriente, y parece coquetear con el abstraccionismo geométrico.

El pintor innovó otra vez el ambiente pictórico nacional al incursionar en el muralismo.

Hoy se puede decir que Valverde fue el muralista costarricense por excelencia, con un arte sin compromisos, porque él creía solo en el artista comprometido.

Una frase resume el sentir del muralista: “Quise ser mago, ser pintor, plasmar en una tela mi pensamiento, mi manera de ver las cosas, crear un mundo maravilloso, fantástico, pleno de belleza”.

